

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Por primera vez de mi vida, no sé en qué tono empezar una crónica. Escribiendo para Barcelona y después de lo que en ella acaba de suceder, me asalta la duda; ¿debo referirme en primer término a la impresión causada por tantos atroces testimonios de lo que es la humanidad sin freno, ó más bien volver la vista con el *sdegno* doloroso del florentino en los círculos del Infierno, y murmurar una vez más el *Non ragionam di lor, ma guarda e passa?*

Creo que esto será lo mejor, al menos mientras humean las cenizas y negrean las desplomadas paredes. Apartémonos de esa visión macabra, y recordemos otras recientes...

Es en Santiago de Compostela, pueblo joya, pueblo relicario, en que persiste la imagen del pasado con la misma viveza que si fuese presente; pueblo donde las piedras tienen voz, y donde los edificios nuevos horripilan como una profanación y una incongruencia. Los forasteros y extranjeritos inteligentes que atrajeron las fiestas del Año Santo, se lamentaban de ver casas de nuevo cuño, calles que intentan ponerse en fila como soldados bien instruidos, y soportales altos, de estilo comercial, porque la fealdad prosaica de la vida actual se les aparecía de realce al contrastar con la belleza de lo que fué, con su señorío reposado y aristocrático. Yo me acordaba de aquella botella de tinta arrojada en Salamanca á un edificio color de rosa y con decorado modernista, y sentía impulsos de adquirir varios barriles de ese líquido insidioso que las máquinas y los lápices de anilina van haciendo innecesario, pero que aún puede servir para ejecutar un acto de justicia. Me hubiese encantado embadurnar todo lo que en Santiago se ha construído desde hace treinta años, á ver si así caen los ediles en la cuenta de que *no hay derecho*.

Es en Santiago de Compostela... Me detengo ante la vieja casa ruinosa de la Inquisición, de la inofensiva Inquisición gallega que fué amonestada por la de Madrid por su lenidad... La casa es un magnífico palacio que tiene un gran huerto descuidado y fértil. Su aire es noble, con esa nobleza sin romanticismo, un poco apelmazada, de los siglos XVII y XVIII. Allí, según dicen, se va á alzar un hotel contemporáneo. Esto es más horrible que todos los suplicios que la Inquisición inventase, si es que inventó alguno.

Es en Santiago de Compostela, frente á la fachada «de Platerías.» Acaba de hacérsele al rey una ovación entusiasta. Los estudiantes no se cansan de aclamar á aquel mozo de su edad, que llega a un poco empalidecido por el viaje, y quién sabe si por las noticias que ya corren, noticias malas para nosotros. ¡Han matado á Ibáñez Marín! Las señoras, con ese calor que procede de la simpatía por la juventud, agitan los pañuelos, doloridas por no poder arrojar flores. La flor, ¡ay!, ha sido proscrita desde que sirvió de envoltura al crimen, en un ramillete...

Y al otro día, era en la catedral, en la esplendorosa catedral románica, donde, entre la nube aromosa del incienso, volaba el Botafumeiro, como enorme ave de plata, de nave á nave, hasta que, á poco, hubo de notarse que lo habían encendido con astillas, que la cuerda amenazaba arder, y aquella masa, de peso formidable, caer sobre el gentío que se agolpaba, ansioso de presenciar la ceremonia de la Ofrenda. Hay que interrumpir el majestuoso vuelo del colosal incensario, la mayor atracción de la fiesta después del rey. Porque el monarca va á hacer la Ofrenda él mismo, después de tantos años como la hace un gobernador más ó menos elocuente...

La Ofrenda de Santiago es una institución tradicional, cuyo origen viene del famoso y discutidísimo privilegio de D. Ramiro I, después de la batalla de Clavijo. La historia dice que habiéndose negado Ramiro I á pagar el célebre tributo de las Cien doncellas, rendido á los moros por Mauregato, tuvo que luchar con los sarracenos en Albelda, y retirándose al collado de Clavijo, se sintió triste hasta la muerte, porque los auspicios no le eran favorables y temía la derrota. Y habiendo orado y hasta llorado mucho el rey en aquella vigilia, se le apareció en sueños el Apóstol Santiago—el Apóstol por antonomasia—y le cogió de la mano, comunicándole alegría y fortaleza, y prometiéndole que al día siguiente, desde lo alto, descendería al campo de batalla, en caballo blanco, con blanca enseña, con espada flamígera. Ramiro lo comunicó á su ejército, y al otro día, en la campal jornada, fué visto en los aires, entre relámpagos luminosos, el corcel de nieve, sembrando la cobardía del espanto entre la morisma. «Murieron—dice la crónica—setenta mil moros; fueron tomados Calahorra y otros castillos, y se ofreció al beato Jacobo, á título de primicias, una medida de grano y otra de vino por cada yunta de bueyes en lo conquistado y en lo que se conquistase de los agarenos, como también, para siempre, una porción de soldado en los que se tomase en las expediciones contra ellos.»

La autenticidad del privilegio, la realidad de la batalla de Clavijo, fueron asunto de disputa entre eruditos é historiadores; un canónigo gallego llegó al extremo de pretender que no es en la iglesia de Santiago, sino en la de Lugo, donde la Ofrenda debiera rendirse. Sea como fuere, que esta es cuestión enrevesada, la tradición ha prevalecido; la Iglesia, desde Calixto II, tiene aprobado el rezo de la aparición del Apóstol en la batalla de Clavijo, y la Ofrenda, desde tiempo inmemorial, se celebra ante esta hermosa imagen bizantina, envuelta en chapas de plata repujada, que millares de devotos suben á abrazar. Y los que vivimos enamorados de la encantadora leyenda, creemos firmemente que el Hijo del Trueno, como divina Valkiria, voló sobre la matanza de Clavijo, como no pudo menos de volar sobre el valle de Otumba, donde los españoles, debiendo según la razón fenecer todos y dejar por señal sus huesos y por trofeo sus corazones, ganaron una victoria de las que parecen soñadas.

Hoy, las medidas de grano y vino se han convertido en unas siete mil y pico de pesetas, y en un discurso que arrodillado pronuncia el monarca ó quien le represente, ante el altar deslumbrante del Apóstol, todo sombríos dorados y platos oscuros. Pero la ceremonia es bellísima: en el extranjero, á contemplarla acudirían forasteros á miles y se llenarían trenes. Yo he conseguido verla desde una tribuna, la que comunica con el palacio arzobispal. Nada más estético que los trajes granate y amaranto de los obispos, contrastando con la blancura de los mantos de los Caballeros de Santiago, de sus birretes de hechura doctoral. La tradición, al presentarse ante nuestros ojos, se revestía de los esplendores de su admirable ocaso, y el místico albor de aquellas vestiduras que recordaban la del Apóstol, se encendía con el brazo de sangre de las cruces, con el reflejo de las púrpuras cardenalias. El rey parecía un paladín de misal, con la prolongación grácil, esbeltísima, de su figura, que exageraba la desplegada cauda de su manto.

La cera y el incienso tenían emanaciones penetrantes, y en cambio el olor del gentío apiñado detrás de las rejas, esperando el instante en que se formase la procesión y pudiesen ver al rey y á los lucidos caballeros, no nos llegaba. Veíamos al gentío apretarse, empujarse por ganar ó conservar puesto, ondular en mareas agitadas, que arrancaban á las aldeanas gritos y exclamaciones en dialecto; pero era como el fondo, y fondo el más adecuado, de aquella escena medioeval; el hervidero de cabezas, contenido por la verja, realizaba el bien ordenado desahogo del presbiterio, donde el ceremonial se cumplía reverenciosamente. Los caballeros más jóvenes, los últimos en el Capítulo, prendían el manto en los hombros del rey ó le desceñían la espada; un acólito presentaba la inmensa concha de plata, donde depositaba cada santiaguista su ofrenda especial, la moneda, que caía con choque argentino; ya se arrodillaban, ya hacían profunda reverencia, ya besaban el anillo del cardenal, ya volvían á sentarse en los bancos, con ligero ruido de espuelas y espadas y crujir de altas botas. Y lo solemne llegaba á su colmo cuando el rey, postrado ante el altar, dirigía la palabra á la imagen, en cuyo semblante inmóvil parecía asomar un reflejo de vida, un pensamiento de inmortalidad, un amor inalterable á la raza ibérica, su protegida, la que le había invocado en los combates...

¿Medioeval esta ceremonia? ¡Bah! Todo vuelve, y

en España, como dijo Núñez de Arce, sólo están vivos los muertos. Santiago, Hijo del Trueno, tendrá que enjazezar otra vez su bridón de nieve; tendrá que desenvainar su espada de luz; tendrá que cruzar, como un rayo, por el aire encendido, sobre el ardiente campo de batalla. Santiago, que es el espíritu de la raza, su genio, vendrá nuevamente hacia nosotros, con nosotros pasará el mar, y detendrá su montura en la cumbre de la sierra donde se ha hecho fuerte el moro, el enemigo de los ocho siglos de pelea...

La preocupación que se nota en las caras de los personajes que acompañan al rey, no es vana. No se explica sólo por la fatiga del viaje y el calor de los días estivales—nunca excesivo en esta región,—esa imperceptible nube de contrariedad que se extiende por la frente y ese pliegue serio de la boca... Lo de la guerra, que empezó por una agresión aislada, sin importancia en el primer momento, va caracterizándose: es una cuestión grave, es la tranquilidad de que el país empezaba á disfrutar perdida, es el terrible peso de sostener una guerra fuera de España, en un suelo donde el adversario es nómada, y necesita buscársele en las montañas que domina y conoce. Son mil problemas que surgen de pronto ante el hombre de Estado y el patriota sincero que es don Antonio Maura, y á pesar de su energía tranquila, hay no sé qué en su faz que descubre la ansiedad profunda de los primeros momentos del conflicto. Y se comprende, se adivina que no ve la hora de marcharse, de terminar este viaje ya emprendido, pero que coincide con tan capitales sucesos. Es una angustia pasajera: dentro de una hora habrá recobrado el dominio de los nervios, y sólo pensará en la manera de atender á cuanto se viene encima...

Entre el estrépito de las músicas y el clamoreo de las campanas ha sonado como fúnebre elegía la noticia de la muerte de Ibáñez Marín, apenas ha puestas el pie en el suelo africano. Y el pensamiento se me va hacia esa tierra de Marruecos, donde ni una hoja de chumbera hubiese debido crecer sin permiso de España. Aunque nuestra guerra sea con el Riff y todavía no se hayan borrado las huellas de las zapattillas de los embajadores marroquíes en el polvo de las aceras madrileñas, yo juraría que tan bien nos quieren en Tetuán como en Zeluán... Es curiosa la unión que para renegar del perro cristiano existe entre los moradores de ese Imperio, que tienen realmente muy poca unidad de raza, pues son una mezcla de bereberes, moros, árabes, negros, hebreos, bohemios y sirios. La piel de los marroquíes recorre toda la escala, del negro lustroso al blanco caucásico; pero, nos dicen los geógrafos y viajeros, son hermanos en cuanto ladrones, fanáticos, astutos, opresores de la mujer y crueles con los inferiores. La evolución de ese Imperio no se ha parado y fijado en las épocas florecientes de los almohades; no presenta los caracteres de cultura que pudieron alabarse en los moros españoles. Marruecos, no sólo no ha progresado, sino que ha retrocedido. Si no está destinada España á civilizar ese Imperio, otra nación de Europa lo hará; pero creo imposible que se mantenga en pie en su actual barbarie y en su anarquía política interior. Hace años, hablando de estas cuestiones, decíame un franciscano: «Lo único posible en Marruecos es sujetarles. De convencerles no hay medio; de enseñarles, tampoco; de inculcarles la tolerancia cuando no les conviene aparentarla por disimulo, menos. Son ladinos y son rudos; son callados y no se admiran de nada, á fuer de salvajes; yo creo que ni con ventajas que se les ofreciesen se lograría moverles una línea. No podemos influir en ellos, porque nos desprecian más aún de lo que nos odian, quiero decir, desprecian á todo lo que lleva el nombre de cristiano. Son temibles por esto mismo: por su bravía robustez de cuerpo y de alma. Y en caso de guerra, dudo que pueda existir gente más temible. Ríase usted de los que les llaman cobardes. No tienen más pasión que las armas, y es lo único en que conservan algo del arte que en otro tiempo cultivaron. Por un buen fusil darían el alma. Y nosotros, como somos más sencillos y mejores que ellos, no podemos menos de encontrar simpáticos á esos aborrecedores nuestros, y dale con que son pintorescos, y vuelta con que se nos parecen... En España hay mucha morería bautizada, no lo niego; pero todavía hay clases, y crea usted que esa gente está cada día más bruta y más aferrada á su superstición.»

Me acordaba, sí, de los moros, mientras la larga cola de los santiaguistas barría el suelo alfombrado de la capilla mayor... Pero no presentía que, pocos días después, uno de esos santiaguistas, el más joven, el mío, saldría hacia el África, voluntariamente, atraído quizás por la misteriosa voz de Santiago, que todavía es nuestro numen... Y he aquí la realidad de lo que parecía elegante escenario de ópera.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.